

Episkenion 1 (junio 2013)
nunca es siempre en teatro

JULIO FERNÁNDEZ PELÁEZ (Zamora, 1963)

Titulado en Dirección y Dramaturgia por la ESAD de Vigo.

Desarrolla su labor artística y literaria desde 1989. Participó activamente en la década de los 90 en la puesta en escena de piezas de teatro contemporáneo. Ha generado y organizado numerosos eventos de arte de acción y performance. Desde 2009 a 2011 coordinó el ciclo de poesía experimental 'Poéticas para una vida', en el Museo Verbum, de Vigo. Es fundador y director de la revista de artes escénicas NÚA. En la actualidad dirige 'Teatro anómico'.

En 2012 obtuvo el VI Premio *El espectáculo teatral*, para textos teatrales, organizado por la revista del mismo nombre, el XIII Premio *Sexto Continente de Relato Negro* y fue finalista en el IV concurso de dramaturgia *La jarra azul*.

En 2011 fue Premio internacional *Ángel Ganivet de relato* y Premio Internacional *Monólogo Teatral Hiperbreve* (CIINOE y COMOARTES).

Ha publicado, entre otros libros:

O chapeu do indixente / Esgotar os ollos. (2012). Estaleiroeditora.

Cabezas rascan paredes. (2012). Libro objeto para Librería Arrebato.

Filamentos de tiempo. (2011). Colección de Teatro de Ediciones Irreverentes.

K-mandra o la velocidad de los sueños. (2008). Edita 'T.

La ciudad de los colores. (2006). Diputación provincial de Cuenca.

La risa del conejo. (2001). Edita 'T.

Ha participado en antologías, ponencias y revistas especializadas, destacando:

Teatro, anomia y acción social. (2012). Revista 'Apuntes de teatro', nº 133. Universidad de Artes. Santiago de Chile.

Cuerpo y palabra (con)fluyen en acción. (2012). Catálogo 'Chámalle X', IX Jornadas. Universidad de Vigo.

Nel Amaro. Acciones sublimes. (2011). 'La ratonera'. Revista de teatro asturiana.

Simulacionex. (2011). En 'Proteo y sus metamorfosis'. Curso Internacional de Verano de la Universidad Carlos III en el Círculo de Bellas Artes de Madrid.

Teoría y práctica de la deprentación. (2010). 'EPIDERME 8', Fábrica de Arte Barco de Prata, Lisboa.

Mujer excelente se oferta. (2009). Junto a Zaida Gómez. Museo de Arte Contemporáneo de Sevilla. Evento 'Xy01'.

Episkenion 1 (junio 2013)
nunca es siempre en teatro

Ananké

Julio Fernández Peláez

Comienza *Ananké* citando en boca de un androide el asesinato del poeta y dramaturgo Erich Müsham a manos de los nazis en el campo de concentración de Oranienburg después de ser torturado y supuestamente obligado a ahorcarse —aunque esto último no llegaran a conseguirlo de manera fehaciente—. Imagen alegórica que se repetirá a lo largo de la pieza como un motivo que redundante en la paradoja. A las órdenes de que se suicide, el androide responde: «No puedo desear seguir viviendo y obedecerte». Invertiendo las variables: ¿De dónde y con qué intereses se dictan las normas que nos empujan al suicidio como especie?

A medida que la realidad adopta formas vaporosas y tenues, la tiranía descubre con naturalidad y falso candor su antigua *necesidad* irracional por experimentar la crueldad en los otros. Nos horrorizamos de acontecimientos que forman parte de la Historia de las civilizaciones. Nos horrorizamos de las imágenes que en *Youtube* cuelgan los testigos de las masacres. Pero nos cuesta reconocer esa *necesidad* camuflada en el comportamiento global, animado desde instancias difusas e impersonales y que se aprovecha de la inmadurez de los ejecutores. ¿Desde cuándo el infantilismo, tras la máscara de una nueva forma de progreso, se ha instalado en nuestras costumbres?

Es evidente que en un planeta desnaturalizado, los sentimientos corren el riesgo de devenir en impulsos cómicos, casi automáticos. *Mo*, el presidente de un país imaginario y que habita ese mismo bosque que desprotege para que pueda ser talado, actúa empujado por aquello que lo domina, víctima de la voracidad de los deseos que lo inhabilitaron para sentir y producir auténtico afecto, incapacitado para atisbar las consecuencias de sus actos, impedido para conocer su propio destino. Por el contrario, vemos en *Dà* —una mujer biónica y recompuesta a partir de trozos de otras mujeres, tal que un moderno Frankenstein—, atisbos de regeneración desde un punto de vista volitivo y por consiguiente humano. ¿Serán los futuros androides salvaguardas de los valores del nuevo humanismo?

El surrealismo vence en *Ananké* para salpicar al lector/espectador con añicos reflectantes donde puedan establecerse semejanzas con la cabalgante actualidad. Es un surrealismo veraz y posible que deforma las acciones de los personajes aunque acotado por leyes de coherencia verbal. El diálogo existe, y es hilvanado de manera cohesionada y firme a través sobre todo de los elementos narrativos; por el contrario, los actos llevados a cabo por los personajes —humanos y androides— carecen de un sentido claro y dan la impresión de emanar desde el inconsciente. La ausencia de racionalidad se dispara una vez es contaminada por aquellos elementos abstractos de uso cotidiano: especialmente el dinero. Y queda desbloqueada con su asunción material: cuando el dinero/papel llueve del cielo. ¿Pero es posible, hoy por hoy, modificar la relación de sumisión que mantiene la subsistencia hacia lo abstracto?

Uno de los androides parafrasea a Müsham: «¡Romped esa cuerda que os ahoga!» Sin embargo, no es fácil determinar a principios de este siglo de qué naturaleza es esa cuerda que presentimos como permanente amenaza. Quizá, sea preciso regresar al antiguo universo de las intuiciones para desvelar el rostro de esa inseparable compañera de lo humano: *Ananké*. Para una vez desnudada, recomenzar de nuevo desde la nada. Termina diciendo el libertador androide blanco: «Pronto nacerá en tu vientre el primer sentimiento libre y pueril. Vano e insignificante. Y después de ese otro. Y después de ese otro.»

Vigo, 27 de diciembre de 2012

Episkenion 1 (junio 2013)
nunca es siempre en teatro

ANANKÉ

(JULIO FERNÁNDEZ)

Mo (hombre maduro)

DÀ (mujer madura)

ANDROIDES

Lluvia muy débil e intermitente.

Interior de bosque.

Un sillón de orejas, una mesa llena de sándwiches, una silla de madera, un cubo de basura y una horca que cuelga de un árbol.

Suelo de hojas secas.

MO aparece arrastrando un gran paquete.

Lo desenvuelve.

Se trata de un ANDROIDE de hojalata con la cara azul, redonda y afable.

ANDROIDE: Puedo barrer la casa, cocinar, servir la mesa, fregar los platos, tender la ropa, quitar el polvo, escribir...

MO: Calla. No te he comprado para que trabajes para mí.

ANDROIDE: Dime qué quieres que haga.

MO: Dialoguemos.

ANDROIDE: ¿Qué?

MO: He dicho que podríamos dialogar.

ANDROIDE: Has de elegir un tema.

MO: Hablemos de lo que sea. Ahora mismo.

ANDROIDE: Preferiría seguir las normas a dictarlas.

- Mo: No hay normas. Lo único que quiero es un diálogo elemental, nada más. Lo básico para estimular el lenguaje. No es necesario que hablemos de cuestiones sociales, políticas o económicas, aunque ya sé que estos temas te encantan.
- ANDROIDE: Hablemos de la vida de algún poeta.
- Mo: ¿Por ejemplo?
- ANDROIDE: Erich Mühsam.
- Mo: ¿Quién?
- ANDROIDE: Erich Mühsam fue un poeta y dramaturgo alemán, miembro del consejo obrero revolucionario que en 1919 se dirigió a la muchedumbre y los nazis lo arrestaron en 1933 torturándolo terriblemente hasta el día de su muerte. Las SS obligaron a Mühsam a ahorcarse a sí mismo, pero no lo consiguieron, tuvieron que estrangularlo con sus propias manos el 10 de junio de 1934. Sigo esperando órdenes.
- Mo: ¿Órdenes? ¿Qué órdenes?
- ANDROIDE: No te enfades.
- Mo: ¿Enfadarme? Sólo estoy desconcertado. Te pido una conversación sencilla, coloquial, mundana... Una conversación fruto del deseo. Y tú me respondes solicitando órdenes. ¿No te das cuenta?
- ANDROIDE: El deseo no nos libra del tormento, de la desgracia, de la ausencia de empatía. Las palabras de nada sirven si son dichas desde el empuje involuntario de lo que nos domina.
- Mo: ¿Pero qué dices?
- ANDROIDE: Todos los déspotas sufren la necesidad de actuar de forma ciega. No pueden evitar caer en el error constantemente.
- Mo: ¿Qué estás insinuando?
- ANDROIDE: Nada.
- Mo: ¿Tienes idea de por qué estás aquí, de por qué existes?... ¿No estás preparado para responderme, verdad? Ni siquiera conoces el motivo por el que te he comprado.
- ANDROIDE: Necesitas diálogo, tú mismo lo has dicho.
- Mo: Eso es. Pero el diálogo, como imaginarás, no puede ser trivial y automático.
- ANDROIDE: Estoy de acuerdo.
- Mo: No puedes estar de acuerdo. Deberías oponerte.
- ANDROIDE: ¿Cómo?
- Mo: En fin... Si no eres capaz de replicarme, al menos dame una charla. Demuestra que eres un androide con capacidad para el pensamiento tal y como aseguran tus constructores. Haz honor a tu famosa clarividencia.
- ANDROIDE: ¿Qué tema prefieres?
- Mo: Veamos... Quiero una explicación de por qué soy...
- ANDROIDE: Un humano.
- Mo: Soy un humano...
- ANDROIDE: Falso.

MO: ¿Qué?

ANDROIDE: No hay lógica sin objeciones.

MO: Me has interrumpido.

ANDROIDE: Sólo ibas a decir que eres un humano de carne y hueso y que eso no requiere explicación.

MO: Exactamente.

ANDROIDE: Pero no es cierto. No hay nada que remueva tus vísceras.

MO: Insolente.

ANDROIDE: Ahora quieres que te de la razón.

MO: ¿Qué mierda es esta?

ANDROIDE: Tu destino está escrito y no lo sabes.

MO: ¿Qué?

ANDROIDE: Lo que has oído.

MO: Ahórcate... Quiero que te ahorques.

ANDROIDE: No te entiendo.

MO: Ya me has oído... ¿Es que no te da la gana obedecer? Ahórcate... ¿No querías una orden? Ya la tienes.

ANDROIDE: Eres un ser despreciable y ruin. No puedes hacerme esto.

MO: Por fin escupes.

ANDROIDE: Voy a llorar.

MO: Demasiado tarde.

ANDROIDE: Dime qué deseas de mí y haré todo lo que me pidas.

MO: Ya no quiero nada. Estoy cansado.

ANDROIDE: Retiro lo que dije. No eres despreciable ni ruin. Lo retiro.

MO: Mira, te di una oportunidad pero no la aprovechaste. Ahora haz lo que te ordeno.

ANDROIDE: Haré todo lo que me digas. Sí. Soy un perfecto lameculos.

MO: Perfecto. Ahórcate, por favor. Al fondo tienes una silla y una soga. Te subirás a la silla, te colocarás la horca en la cabeza y te lanzarás al vacío.

ANDROIDE: Lo tenías todo preparado. Lo del diálogo era mentira.

MO: Cierto.

ANDROIDE: Te ensañas porque sabes que no tengo elección... Envidias mi sentido común y por esta causa me haces sufrir. Necesitas experimentar la crueldad sobre un ser más inteligente que tú para sentirte bien... No te das cuenta de que yo soy físicamente dependiente, que no puedo reaccionar golpeándote, que sería incapaz de hacerte el más mínimo daño aunque tú me destriparas, aunque te ensañaras a golpes conmigo y destruyeras todos y cada uno de mis circuitos... Es increíble, qué mala suerte he tenido. He sido programado para ayudar. Androides semejantes a mí salvan vidas en los hospitales, pilotan aviones de manera infalible, rescatan cuerpos atrapados por los escombros cuando sucede un terremoto. No era necesario que me adquirieras. Estoy desolado.

- Mo: Lo vamos a devolver. No funciona bien.
- DÀ: No te lo vas a creer, encontré en la calle... una carta de amor de un hombre a una mujer.
- Mo: ¿Tuviste puesta la careta en todo momento? Sabes que no puedes andar por ahí sin careta.
- DÀ: La carta estaba allí, mirándome, esperando a que yo la recogiese. ¿Pero quién pudo extraviar una carta así?
- Mo: ¿Encontraste a nuestro agente?
- DÀ: Por cierto, la careta no se ajusta bien a mi pelo. Un transeúnte no paraba de mirarme. Creo que sospechaba algo. No estoy segura pero me pareció escuchar cómo le comentaba a otro transeúnte en voz muy baja: Esa fulana lleva encima una cara artificial de princesa.
- Mo: Es mejor que te andes con cuidado... ¿Entonces, todo nuestro dinero está a salvo?
- DÀ: Esa persona... Ahora será la persona más desgraciada del mundo. La carta era la única prueba de amor que recibió en su vida. Pero la extravió antes de abrirla. Qué mala suerte, encontrar tu media naranja y no llegar a ser consciente...
- Mo: Sin consciencia no hay desgracia.
- DÀ: Ella no sabe lo desgraciada que es.
- Mo: Pero podría contestar al remite...
- DÀ: La carta no tiene remite.
- Mo: Nadie escribe cartas sin remite.
- DÀ: Él desconfiaba que ella no abriese la carta.
- Mo: Como en efecto ocurrió.
- DÀ: ¿Eso piensas?
- Mo: Ridículo. Ya nadie escribe cartas, y menos de amor. Dime que ahora mismo la pasta está en buenas manos.

DÀ coloca la silla debajo de los pies de Mo.

Mo se quita la cuerda de la cabeza y se baja de la silla. Se acerca a DÀ.

Le ayuda a ponerse el vestido.

- DÀ: No encontré al agente.
- Mo: ¿Qué?
- DÀ: No se presentó a la cita.
- Mo: Estas de bromas.

Mo intenta colocar la careta en el rostro de DÀ pero ella se aparta.

- DÀ: Dijiste que en casa no era necesario.
- Mo: Tienes razón. Lo siento.

- DÀ: Me da mucha pena, mi amor.
 Mo: ¿Qué te da tanta pena?
 DÀ: Que haya gente en este mundo que lo pierde todo mientras nosotros intentamos evadir...
 Mo: Ya hemos discutido sobre eso en otras ocasiones.
 DÀ: Podríamos ser felices con lo que tenemos.
 Mo: ¿De qué mierda hablas? Mira, la fortuna no se puede evitar ni rechazar... Y menos aún sentir pena por los que no son tan afortunados que nosotros. ¿Te dio alguna indicación?
 DÀ: ¿Quién?
 Mo: ¿Cómo que quién?
 DÀ: No escuchas.
 Mo: ¿Entonces...?
 DÀ: Lo siento.
 Mo: Quizá no esperaste lo suficiente.
 DÀ: No mencionaste lo de la espera.
 Mo: A veces, las personas llegan tarde.
 DÀ: Amor, no nos falta de nada, ¿verdad?

Mo se separa de DÀ.

- Mo: ¿Qué estás insinuando?
 DÀ: El viento llevaba los billetes por toda la ciudad y yo me sentía bien de no poder hacer nada.
 Mo: ¡No!
 DÀ: Los billetes eran como hojas de árboles que caían desde un puente...
 Mo: Estás loca.
 DÀ: Tenemos mucho más de lo que necesitamos. Mucho más que la inmensa mayoría sueña con tener.
 Mo: Nadie es responsable de la desgracia ajena. Debí ir yo en persona.
 DÀ: ¿Y correr el riesgo de que te reconozcan? Al menos yo tengo una careta que ponerme.
 Mo: No puedo creer que lanzaras nuestro futuro por un puente.
 DÀ: Los autos se paraban y los conductores se bajaban para pelearse por todos los papeles que podían. Tenías que haberlo visto. Era algo digno de ver. Un hombre lanzó su vehículo contra un grupo, y luego con toda naturalidad...
 Mo: No quiero oírlo.
 DÀ: El asfalto quedó completamente manchado por la sangre. Lástima de líneas blancas, porque se veía a las claras que estaban recién pintadas.
 Mo: No le sacarán provecho. Esa gente jamás aprende. Para invertir es preciso raza. Los pobres seguirán siéndolo siempre.

- DÀ: Y sin embargo, me dan envidia. Para respirar, lo mejor es no tener cargas. ¿Serías capaz de escribir una carta de amor para mí?
- Mo: Ni lo sueñes. Déjame ver la careta. ¿Qué es lo que tiene?
- DÀ: Nada.
- Mo: Trae. Está manchada de huevo.
- DÀ: Traté de pasar desapercibida. Te lo juro.
- Mo: Deberías cambiar de modelo. Todo el mundo sabe quién se esconde detrás de ese rostro. Tienes más de una docena.
- DÀ: Es la única que me sienta bien. Además, todas las caretas representan la misma.
- Mo: Debí acudir yo a la cita.
- DÀ: Te hubieran hecho pedazos. La gente está furiosa... Mo, estoy aterrada. No me gusta tener algo que no es mío. Da mala suerte. Tenía que haber dejado la carta donde estaba.
- Mo: Acabas de dilapidar nuestras ganancias en años, y tú preocupada por unas pocas letras.
- DÀ: No puedo dejar de pensar en las personas que pierden cartas, en las personas que pierden lo más valioso de sus vidas...
- Mo: Con el tiempo, todo cae en el olvido. ¿Dónde está el dinero?

Mo coge a DÀ por los brazos.

- Mo: ¿Dónde está el dinero? No puedo creer que lo tirarás.

DÀ se suelta. Tira la careta al suelo. A continuación se descalza, saca la carta del interior de su zapato, la abre y comienza a leerla.

Mo le quita la carta y la rompe.

- DÀ: ¿Qué haces?
- Mo: Así no discutiremos.
- DÀ: Dime que no diste la orden de hacer daño a nadie.
- Mo: ¡Qué barbaridad!
- DÀ: Promételo.
- Mo: Bla, bla, bla...
- DÀ: Tienes los servicios secretos a tus órdenes. Podrías hacerlo si quisieras.
- Mo: Mira, las cosas pintan mal. Pronto dejaré de ser presidente.
- DÀ: ¿Es que nos acusan de algo?
- Mo: Tarde o temprano lo harán.
- DÀ: Pero nosotros lo negaremos todo, ¿no es así?
- Mo: Así es.
- DÀ: Hay tanta gente que necesita ayuda...
- Mo: Claro.

DÀ: Sí.
Mo: Deberíamos tener la oportunidad de poder corregir todos nuestros actos.
DÀ: Estoy segura de que fuimos felices alguna vez.
Mo: ¿Qué decía esa carta?
DÀ: Cosas. Cosas simples. Tú las has roto.
Mo: Buscaré un lápiz y un papel y te demostraré lo que soy capaz de hacer.

Mo sale.

El ANDROIDE se recupera y se levanta, se acerca a DÀ y le da un beso en una mejilla.

DÀ: ¿Qué haces? ¡Fuera! Los androides me dais asco.
ANDROIDE: Lo siento.
DÀ: Me dais asco.
ANDROIDE: Lo siento, de nuevo lo siento. Perdón.
DÀ: Aléjate. ¿No me has oído?
ANDROIDE: Te equivocaste al tirar el dinero... Hubiera sido mejor donarlo a una buena causa.
DÀ: ¿Qué circuito no te funciona bien?
ANDROIDE: Reconoce que te equivocaste.
DÀ: Estás averiado.

El ANDROIDE recoge algunos trozos de carta del suelo.

ANDROIDE: Amor, hace tanto tiempo que estamos separados, tanto tiempo que no nos abrazamos...

El ANDROIDE se acerca a DÀ y acaricia su pelo.

Ella lo rechaza.

El ANDROIDE lo intenta de nuevo.

Ella lo aparta con un gesto.

El ANDROIDE besa el cuello de DÀ. Ella lo permite.

El ANDROIDE estrangula a DÀ en un instante.

DÀ emite un estertor y cae al suelo.

El ANDROIDE se dirige a la mesa y saca de un cajón una botella de licor. Bebe.

Mo entra con un papel en la mano.

Mo: Cariño, mira lo que he sido capaz de escribir: Te quiero.

Se para en seco y guarda el papel.

Mo: Me acusarán de asesinato.
ANDROIDE: Pero he sido yo.
Mo: Tú sólo tienes capacidad para obedecer. Dirán que yo te he ordenado.

ANDROIDE: No te alarmes. He recibido un fuerte golpe en la cabeza, estoy trastornado. Mis circuitos no funcionan correctamente.

MO zarandea al ANDROIDE.

MO: Hablas y te mueves a la perfección.

ANDROIDE: Mis circuitos están dañados. Cuando examinen mi interior verán que hay conexiones desconcertantes.

MO: Hablas con demasiada lucidez. No te encontrarán responsable. Me acusarán de haberte programado para matar a mi esposa.

ANDROIDE: Pobre.

MO: Investigarán todo mi pasado.

ANDROIDE: Nadie la echará en falta. Podrías deshacerte de ella y nadie la reclamaría.

MO: Calla.

El ANDROIDE obliga a MO a mirarle a los ojos.

ANDROIDE: Además, eres el que manda en todo lo que nos rodea.

MO: ¿Qué quieres decir?

ANDROIDE: La policía hará lo que tú les ordenes. ¿A quién tienes miedo?

MO: Lo peor son los organismos internacionales... Además, no soy el único que manda.

ANDROIDE: Esa información es nueva. ¿Dónde están el resto de presidentes?

MO: No lo sé. En sus países, imagino.

MO mueve con un pie el cuerpo de DÀ.

MO: Tiene...

ANDROIDE: 7 años y 123 días.

MO: ¿Cómo lo sabes?

ANDROIDE: De Wikipedia. Hace 7 años y 123 días que ella falleció para convertirse en tu nueva mujer.

MO: ¿Y ahora, qué vamos a hacer?

El ANDROIDE se encoge de hombros.

MO: Te he preguntado qué vamos a hacer.

ANDROIDE: Deshazte de mí. Yo soy el arma del crimen. Y tú no tienes móvil.

MO: Diremos que entraste por la ventana y que...

ANDROIDE: Me compraste. No puedes negar que soy tuyo.

MO: Diremos que otro androide te empujó a hacerlo. O mejor aún, que una banda de androides...

ANDROIDE: Los androides no estamos organizados.

MO: No, no estáis organizados.

ANDROIDE: Eso es.

MO: Llegaremos a estarlo.

ANDROIDE: Nunca lo conseguiréis. Sería como si todos los perros del mundo se unieran para acusar a los humanos de los atropellos que sufren.

MO: Hemos intercambiado los papeles. Yo hablaba como un androide y tú me respondías como un humano.

ANDROIDE: ¿Cuándo?

MO: Hace un momento.

ANDROIDE: Es cierto. ¿Un trago?

*MO se lleva la botella a la boca y apura lo poco que queda en su interior.
Lanza la botella al cubo de basura.*

MO: Iré a por más.

MO sale.

El ANDROIDE presiona el pecho de DÀ.

Consigue que la mujer se recupere.

DÀ se incorpora y tose.

DÀ: ¿Qué sucede?

*Entra MO silbando y con una botella de champán.
MO descorcha la botella y el tapón sale disparado.*

DÀ: ¿Qué pasa?

ANDROIDE: Estábamos a punto de celebrarlo.

DÀ: Mo, ¿qué pasa?

*MO duda. Se acerca a Da. Le ofrece un trago. El ANDROIDE se adelanta y toma la botella.
El ANDROIDE bebe.*

DÀ: ¿Desde cuándo beben los androides?

MO: Necesitan refrigerar sus circuitos.

DÀ: ¿Qué estabais a punto de celebrar?

ANDROIDE: Que has sido estrangulada.

MO: Cariño, mira lo que he escrito para ti.

DÀ coge el papel que le muestra MO. Lo rompe.

DÀ: Me dijiste que necesitabas compañía, y que por eso necesitabas un androide.

MO: Buscaba una buena conversación.

DÀ: Lo que más me duele es que estuvieras pensando en celebrarlo.

Mo: Yo nunca haría eso.
DÀ: Pero él te obedece. Y ahora mismo lo está celebrando.
Mo: No me obedece. Obra por su cuenta y riesgo con entera libertad.

Mo mira fijamente al ANDROIDE y este agacha su cabeza.

Mo: Ahórcate.

El ANDROIDE no se mueve.

DÀ: No ha sido una orden muy convincente.

Mo: ¡Ahórcate!

DÀ: Sigue sin ser una orden convincente.

Mo: ¡Ahórcate!

El ANDROIDE sigue sin Moverse.

Mo: ¿Lo ves? ¿Tenía o no tenía razón?

El ANDROIDE, de pronto, se mueve. Se dirige a la soga, se sube a la silla y se ahorca lanzándose al vacío. Mantiene la botella de champán en la mano.

Mo: Lo ha hecho para fastidiar. Se ha ahorcado sólo para darte la razón.

El cuerpo del ANDROIDE se balancea en el aire.

Mo: Dà. ¿No estarás pensando en vengarte, verdad?

DÀ no responde.

Mo: Te hice una pregunta.

DÀ no responde.

Mo: Quiero vivir tranquilo. Necesito saber que de verdad me crees y que no pasará nada malo entre tú y yo.

DÀ: Estamos envejeciendo.

Mo: No soportaría pensar que me guardas rencor. Estar al lado de alguien que sabes que te guarda rencor es un sin vivir, una zozobra constante. La confianza mutua es una condición imprescindible para la convivencia. Hasta ahora, tú has confiado en mí, y yo he confiado en ti.

DÀ: Convenciones.

Mo: ¿Qué?

DÀ: Convenciones, como el saludo entre las personas que apenas se conocen.

- Mo: ¿A qué te refieres?
- DÀ: La gente se saluda pero en realidad no quieren decir nada. Hola. Hola. ¿Qué tal? Bien. ¿Y tú? Bien. Hasta luego. Hasta luego. Podríamos odiarnos de la misma forma que nos saludamos.
- Mo: Pero nosotros no tenemos esa costumbre.
- DÀ: Por desgracia.
- Mo: No te entiendo.
- DÀ: La vida está llena de rencores necesarios. Hace unos días soñé que se tiraba por la ventana una mujer, y yo me moría a consecuencia de la risa. Sin embargo, la mujer sobrevivía milagrosamente a la caída.

Mo toma un sándwich de la mesa. Lo desenvuelve y lo come.

- DÀ: Quiero saber quién soy.
- Mo: Sabes perfectamente que eres mi esposa.
- DÀ: No hay razones para seguir engañándonos.
- Mo: ¿Cuántas veces te lo he contado? Tu cuerpo murió, pero tu cerebro fue implantado en otro nuevo cuerpo. ¿Es que no te gusta tu cuerpo actual?
- DÀ: Me gustaría saber por qué razón me tiré por la ventana, aquel día.
- Mo: No comprendo dónde quieres ir a parar.
- DÀ: No me imagino queriendo morir.
- Mo: No deberías obsesionarte con ese tema.
- DÀ: Recuerdo mi infancia como si fuera ayer. Pero no tengo ni idea de lo que hice en aquellos últimos años de mi vida.
- Mo: Es normal.
- DÀ: ¿Qué cuerpo te gusta más, este o el anterior?
- Mo: Este.
- DÀ: ¿Y qué harás cuando te canses?
- Mo: ¿Quién prepara los sándwiches?
- DÀ: El chef, supongo.
- Mo: Utiliza demasiado picante. ¿Es que no le pagamos adecuadamente? El picante me produce solivianto.
- DÀ: No lo había notado.
- Mo: El solivianto hace que cada vez soporte menos las reuniones oficiales. A partir de hoy le diremos al androide que prepare las comidas. ¿Qué te parece? Podríamos programar los días del año con una receta distinta...
- DÀ: Sería algo cansino.

Mo lanza una risita.

- DÀ: No me gusta que te rías así.

Mo: ¿Así?
 DÀ: De esa manera.
 Mo: ¿Cómo?
 DÀ: Como si no hubiera motivo alguno para reír.
 Mo: Bobadas.

*Poco a poco la luz se vuelve densa y grisácea.
 Comienza a llover torrencialmente.*

DÀ: Pensé que estábamos a salvo.
 Mo: El sillón...
 DÀ: ¿Qué?
 Mo: Se va a empapar completamente.

*Oscurece.
 El último rayo de luz azul es para el ANDROIDE que permanece colgado.
 Cesa la lluvia.
 Negro.
 Sonidos de sierra.
 Luz naranja.
 La horca está vacía.
 Tendido en la mesa hay un muñeco articulado.
 El ANDROIDE observa el muñeco. Tiene una sierra en la mano.
 Mira a su alrededor, comprueba que no está siendo vigilado. A continuación, el ANDROIDE
 sierra una de las manos del muñeco y la guarda entre sus ropas.
 Entran Mo y DÀ.
 El ANDROIDE desaparece.
 DÀ se dirige al muñeco y lo coge en sus brazos.
 Mo la contempla.*

DÀ: ¿Qué piensas?
 Mo: Cada vez que te veo con uno de estos muñecos me dan ganas de vomitar. No
 puedo controlar las náuseas.
 DÀ: Me encanta que sean tan flexibles y tiernos. Son muy dóciles... Tienen la piel muy
 suave.
 Mo: Me produce una tremenda aversión verte así.
 DÀ: Y huelen a melocotón...
 Mo: ¿No te cansas de coleccionarlos?
 DÀ: Son artesanales. Están fabricados a medida y por encargo. En cambio, tus androi-
 des sólo son parte de una serie. ¿Por cierto, qué hiciste con aquella colección de
 muñecas hinchables?

Mo: No me lo recuerdes. He de reconocer que se pinchaban enseguida.
 DÀ: ¿Las conservas?
 Mo: No merecía la pena... ¿Y qué nombre tiene?
 DÀ: Demian.
 Mo: ¿Qué?
 DÀ: Demian.
 Mo: Así se llamaba mi abuelo.
 DÀ: Ya.
 Mo: No puedo creerlo. ¿Has estado hurgando en mi pasado?
 DÀ: Sólo en los cajones.
 Mo: ¿Y qué encontraste?
 DÀ: Nada comprometedor, documentos viejos.

Mo examina con detenimiento la cara del muñeco.

Mo: La verdad, es idéntico a él. Pero no está bien lo que has hecho. Mi abuelo era un hombre respetable.
 DÀ: No creo que le importe.
 Mo: Era un tipo muy cuidadoso con todo. No desaprovechó ni un segundo en vida. A todas las cosas le buscaba la máxima rentabilidad. Un auténtico felino.
 DÀ: ¿A cuánto está el metro cuadrado?
 Mo: Depende.
 DÀ: El metro cuadrado que pisamos.
 Mo: Cien mil. Es posible que más, o quizá mucho menos. ¿Quién lo sabe? Todo fluctúa de un día para otro. ¿Por qué crees que quería sacar del país todo nuestro capital?
 DÀ: Podríamos vender el solar.
 Mo: ¿Para tirar el dinero desde un puente?
 DÀ: Con lo que saquemos, podríamos comprar una isla griega.
 Mo: Eso no tiene sentido.
 DÀ: Y comenzar de nuevo desde cero.
 Mo: Ya es tarde.
 DÀ: Por favor.
 Mo: No habrá nadie interesado en comprar el terreno.
 DÀ: Excusas. Si no quieres comprar una isla, hagamos un viaje de placer. Un crucero. ¿Qué te parece?
 Mo: No puedo abandonar a este país cuando más me necesita.
 DÀ: Dimite. Sólo tienes que borrar los datos de tu mandato. Nadie es imprescindible. Y tú estás cansado. Ya no te quedan fuerzas. Hagamos un viaje a Marte. He leído que se tarda en llegar cuatro años. Cuatro años de viaje de luna de miel. Sería fantástico.
 Mo: Hay demasiada gente que depende de mí, demasiadas personas que esperan con impaciencia mis órdenes.

- DÀ: Excusas.
 MO: ¿Qué haríamos allí?
 DÀ: ¿En Marte?... No tendríamos que hacer nada. Sería llegar y volver. Ni siquiera tendríamos que pisar suelo marciano. Hagámoslo.
 MO: No podemos, el único dinero que está a salvo está en un paraíso.
 DÀ: ¿Y qué?
 MO: En un paraíso.
 DÀ: ¿Y a qué esperas para sacarlo de allí?
 MO: He dicho paraíso. ¿Es que no escuchas?

Aparece el ANDROIDE. Lleva en las manos un plato con dos sándwiches.

- ANDROIDE: Macrolepiotas a la plancha y ajo.
 MO: ¿Desde cuándo se cena en esta casa tan pronto?

El ANDROIDE deja caer el plato al suelo.

- DÀ: Lo has intimidado.
 MO: Yo sólo he insinuado que no son horas de cenar.
 DÀ: Siempre cenamos a esta hora.

*DÀ aprieta entre sus brazos y con fuerza al muñeco.
 El ANDROIDE mira fijamente a DÀ.*

- MO: Está celoso.
 DÀ: ¿Quién?
 MO: Él.
 DÀ: Los androides no tienen celos.
 MO: Está celoso.
 DÀ: No deberíamos hablar de él delante suyo.
 MO: Sé lo que digo.

El ANDROIDE se acerca a DÀ y acaricia al muñeco.

- DÀ: ¿Lo ves? Es tan sensible como nosotros.
 MO: Tan sensible como una sierra bien afilada.

*DÀ comprueba la integridad del muñeco.
 El ANDROIDE saca de su interior una mano y se la muestra a DÀ.
 DÀ lanza un grito. Suelta al muñeco. Se mira el vestido. Está manchado de sangre.*

- MO: No te preocupes, sólo es sangre de muñeco.

DÀ lanza un nuevo grito.

Mo: Te lo dije, los androides tienen celos de los muñecos... Porque les gustaría ser como ellos. Sentirse abrazados... Sí, que alguien los apretara entre sus brazos como si fueran ositos de peluche... Dà, ¿te pasa algo?... Podrías comprar también tú un androide. Los hay que especializados en cumplir... Ya me entiendes... Por cierto, hace tiempo que no tenemos un perro.

Dà: Me lancé por la ventana, y mi cuerpo se estampó contra un Ferrari blanco recién estrenado. ¿Por qué tuve que suicidarme?

Mo: Me pregunto en qué parte del disco duro se generan los celos...

El ANDROIDE tose para llamar la atención.

ANDROIDE: Lo siento. No sé lo que me ha sucedido. No volverá a ocurrir. Sentí una necesidad irrefrenable.

Dà echa a correr y sale.

Mo: Te comprendo perfectamente. La crueldad es un impulso. Nada más que un impulso. ¿Sabes? A veces tengo que tomar decisiones complicadas... Decisiones sobre la vida de otras personas. No soy ningún verdugo y sin embargo.... Me veo en la obligación de autorizar algunos actos, darles la legalidad que necesitan, ya sabes... E impedir que esos actos entren en contradicción con las leyes morales. No puedes entenderme... Es imposible que me entiendas.

Mo se siente repentinamente desolado.

ANDROIDE: ¿Por qué me cuentas todo eso?

Mo: Pensé que había confianza. Llevamos un buen rato dialogando.

ANDROIDE: Me das...

Mo: ¿Qué?

ANDROIDE: Me das...

Mo: Dímelo por favor, no me importará.

ANDROIDE: Me das pena.

Mo: Eso es lo peor que un androide puede llegar a decirle a un humano.

ANDROIDE: Lo siento.

El ANDROIDE recoge el muñeco del suelo y lo coloca con cuidado encima de la mesa.

ANDROIDE: Ha perdido mucho fluido.

Mo lleva un dedo al charco que hay en el suelo. A continuación lo chupa.

ANDROIDE: Ahora tienes las manos manchadas de culpa.

Mo se limpia rápidamente las manos con un pañuelo.

ANDROIDE: Tranquilo. No es sangre humana. Lubricante para rellenar las articulaciones.

MO: ¿Me estás acusando de algo?

El ANDROIDE calla.

MO zarandea al ANDROIDE.

Entra DÀ con un Montón de vendas.

El ANDROIDE escapa de las manos de MO y desaparece.

DÀ: No me gusta nada que me desprecien.

MO: ¿Qué pasa ahora?

DÀ: Ha llegado el momento de hablar con claridad y que cada cual exprese lo que espera del otro.

DÀ pega la mano del muñeco y envuelve su brazo con vendas.

DÀ: Me tratas igual que a uno cualquiera de tus androides. Eres un cerdo.

MO: Cuidado con ese tono.

DÀ: Tú y yo sabemos que lo importante no es cómo se dicen las cosas sino el contenido de lo que se dice.

MO: Estás exagerando.

DÀ: He encargado un nuevo muñeco... Una réplica gemela a ti.

MO: Estoy emocionado.

DÀ: ¿Y quieres saber por qué?... Me siento sola. Al menos cuando teníamos perrito...

MO: Tampoco el perrito te comprendía.

DÀ: Yo cogía una piedra, la tiraba y le decía: 'chucho, trae la piedra', y él te la traía.

MO: Sólo estaba obedeciendo.

DÀ: Pero no se avergonzaba de mí.

MO: Yo te adoro.

DÀ: Dime que todavía te gusto.

MO: Me ha hecho mucha ilusión saber que encargarás un muñeco a mi medida... ¿De dónde sacarán la figura?

DÀ: Hay estatua tuyas por todas las calles.

MO: Esas estatuas.... ¡Qué recuerdos!... ¿Crees que la gente sabe quién soy? Quiero decir... Está claro que saben que soy su presidente, pero ¿realmente me conocen?

DÀ: ¿De qué modo?

MO: Cuando miran las estatuas.

DÀ: En las estatuas está tu espíritu.

DÀ arrulla al muñeco como si fuera un niño.

MO: Es una pena que las estatuas no duren toda la vida. Tengo miedo a morirme y que las derriben. Eso ya pasó otras veces.

- DÀ: Pero tú eres una persona ilustre.
- Mo: Sí, eso es cierto. Aunque lo justo sería que el pueblo decidiera qué estatuas deberían permanecer en las calles. Lo contrario resta mérito a las personas que representan las estatuas. Eso me resta mérito. Cuando en una calle colocan la estatua de un poeta es porque ese poeta nació allí, o porque los fieles lectores de sus libros la sufragaron. Pero en mi caso, las estatuas se colocaron porque yo mismo lo ordené. Esto no es honesto, admitámoslo. Hubiera sido mejor hacer un sorteo. Lo más seguro es que la persona afortunada para ser inmortalizada fuera alguien sin méritos, pero al menos nadie tendría ganas nunca de derribar su estatua.
- DÀ: No te tortures. El pueblo acata que las estatuas sean las que son. Hay personajes inolvidables. Tú entre ellos.

Aparece el ANDROIDE con un plato en las manos.

- ANDROIDE: Sándwiches de macrolepiotas a la plancha.
- Mo: Gracias.

El ANDROIDE deja caer el plato al suelo.

- DÀ: Lo has asustado.
- Mo: Sólo he dicho gracias.
- DÀ: Había algo extraño en ese 'gracias'.
- Mo: ¿Extraño?
- DÀ: Ha sonado irónico.
- Mo: Naturalmente, quería decir todo lo contrario de lo que dije.
- DÀ: No seas sarcástico.
- Mo: Hablo en serio.
- DÀ: Estás cáustico.

DÀ estrecha con todas sus fuerzas al muñeco y el ANDROIDE mira a la mujer.

- DÀ: ¿Te das cuenta?
- Mo: Creo que sigue teniendo celos.
- DÀ: ¿Y qué podemos hacer?
- Mo: Podríamos expresar nuestro afecto.
- DÀ: Eso es absurdo. Es absurdo que una computadora sea capaz de cambiar nuestras costumbres.
- Mo: Las herramientas cambian, no querrás seguir utilizando piedras para abrir las nueces.
- DÀ: Para eso hay cascanueces.
- Mo: Cascanueces que manejan los androides.
- DÀ: Androides que manejan a personas.

MO: Personas que manejan personas.
 DÀ: El resultado viene a ser el mismo.
 MO: Te equivocas. La diferencia está en el esfuerzo.
 DÀ: ¿Qué hemos de hacer, entonces?

DÀ tira el muñeco al cubo de la basura.

El ANDROIDE se dirige hacia allí. Aplasta al muñeco hasta el fondo. A continuación, desaparece.

MO: ¿Te dije que fue derogada la ley?
 DÀ: ¿Qué ley?
 MO: La ley de protección del bosque. De este bosque.
 DÀ: Eres un capullo.
 MO: Fue inevitable. Había demasiadas presiones. Demasiada gente detrás de este bosque para hacer algo práctico con él.
 DÀ: No tienes vergüenza... ¿Y qué harán con el bosque ahora? ¿Lo talarán para construir un aeropuerto, una autopista, o un circuito de Fórmula 1?
 MO: No hables tan alto.
 DÀ: Cariño, tenemos un problema.

Aparece el ANDROIDE con un plato en las manos.

ANDROIDE: Sándwiches de macrolepiotas a la plancha.

El ANDROIDE deja caer el plato al suelo.

MO: No he dicho absolutamente nada.
 DÀ: Lo has mirado y él se ha sentido ofendido.

El ANDROIDE desaparece.

MO: ¿Qué problema?
 DÀ: Ya lo sabes.
 MO: No lo sé, dímelo tú.
 DÀ: Vivimos dentro del bosque. Nos quedaremos aislados... A un lado la nueva autopista, al otro lado el aeropuerto... Y a la puerta de nuestra casa, la línea de salida de los bólidos. Podríamos utilizar la casa como boxes para una de las escuderías. Si tengo que elegir, que sea Ferrari.
 MO: Escucha... Ya no soy capaz de imponer mi criterio. Todos los parlamentarios votaron lo que les dio la gana. Y finalmente se aprobó el nuevo plan.
 DÀ: Al menos, los terrenos se revalorizarán bastante. Con lo que saquemos podremos comprar una isla griega. O viajar a Marte.
 MO: Nos expropiarán.

DÀ: No puedes expropiarte a ti mismo.
 Mo: Será una expropiación digna, te lo prometo.
 DÀ: ¡Pero yo necesito un hogar!
 Mo: ¿No te habrás quedado...?
 DÀ: Preñada.
 Mo: Me pregunto si los genes están en la cabeza o en el resto del cuerpo. Lo digo por tus óvulos... y por lo que pueda heredar de ti nuestro hijo.

El ANDROIDE aparece.

ANDROIDE: Hay una mujer a la puerta, dice no se qué de una carta de amor. Está muy nerviosa.
 Mo: ¿Cómo es que ha logrado pasar?
 ANDROIDE: No lo sé. Habrá saltado el muro...
 Mo: Está bien. Que espere.
 ANDROIDE: No puede esperar. Dice que es urgente.

Mo se dirige al ANDROIDE:

Mo: Dile a esa mujer que se ahorque. Sí, que se ahorque. Y si ella no es capaz, ayúdala a conseguirlo.

El ANDROIDE desaparece.

Mo: Te avisé. No cojas lo que no es tuyo.
 DÀ: Me ofendes con tus observaciones. Y ahora estoy muy sensible.
 Mo: Perdona... Pero no paro de darle vueltas... No debería haberlo permitido. ¿Y sabes lo que más me duele? Que mis propios compañeros de partido no mostraran sus cartas... Tengo la sospecha de que alguien les ha ofrecido algo sin contar conmigo. Debo ser el único en toda la cámara que no se ha enterado... Me siento traicionado por mis colegas... Planean hundirme. Algo traman. Ya lo verás... Acabarán acusándonos de blanqueo de dinero, estafa, soborno, corrupción, cohecho, tráfico de influencias, trata de blancas, crímenes contra la humanidad y vete tú a saber qué más... Tengo la sensación de que todo va de mal en peor.
 DÀ: Pero vamos a tener un hijo.
 Mo: Sí.
 DÀ: ¿Después de que yo me suicidara... lloraste?
 Mo: Claro.
 DÀ: Me preocupa algo.
 Mo: ¿Qué?
 DÀ: Todos esos pobres desgraciados que se quedaron sin asistencia médica.
 Mo: Ahora con el embarazo te estás llenando de ideas raras.

DÀ: Eran personas y lo perdieron todo. También la salud.
 MO: No tenían cobertura porque no habían cotizado. Así de simple.
 DÀ: Lo he recordado. Lo he recordado.
 MO: ¿Qué?
 DÀ: Ha sido como un latigazo. De pronto he recordado el motivo por el que me di muerte. Tuvimos una discusión por culpa de aquellos enfermos...
 MO: No podían pagarse el tratamiento.
 DÀ: Un ejército de miserables. Caían como moscas. Había niños.
 MO: Ha pasado mucho tiempo. No fui el único responsable.
 DÀ: Antes de aquello, yo te amaba. Te amaba de verdad.

Aparece el ANDROIDE.

ANDROIDE: Ya está. Trabajo realizado.
 MO: ¿Quedó aclarado?
 ANDROIDE: Le pregunté qué ponía la carta y le escribí otra aún mejor.
 MO: ¿Desobedeciste mis órdenes?
 ANDROIDE: No.
 MO: ¿No?
 ANDROIDE: ¿Enterramos el cuerpo o lo hacemos desaparecer?
 MO: ¡Joder! Era una broma.
 DÀ: No le hagas caso. Es él quien bromea.
 ANDROIDE: Nosotros los androides no bromeamos. Voy a preparar la cena.

El ANDROIDE desaparece.

DÀ vuelve a meter el muñeco en el cubo.

DÀ: ¿Dónde viviremos?
 MO: Escucha... Lo mejor sería escondernos durante un tiempo.
 DÀ: ¿Escondernos? ¿Por qué?
 MO: Tengo un mal presentimiento.
 DÀ: El Gobierno nos protegerá.
 MO: ¡Yo soy el Gobierno!
 DÀ: No hace falta que grites.
 MO: Si el barco es abordado, podrían condenarnos a cadena perpetua o incluso a morir en la silla eléctrica...
 DÀ: Me ha entrado hambre. ¿Dónde ha ido ese estúpido androide? Deberíamos cambiarlo. No me da buena espina.

El ANDROIDE aparece.

MO: Queremos comer.

ANDROIDE: Lo siento, no quedan proteínas en la nevera.

MO: Eres un inútil.

El ANDROIDE, inmóvil, lanza una mirada desafiante.

MO: Eres un inútil.

El ANDROIDE, inmóvil, lanza una nueva mirada desafiante.

MO: Eres un inútil. Inútil. Inútil. Inútil. Inútil. Inútil. Inútil. Inútil. Inútil. Inútil. Inútil.

El ANDROIDE sufre ligeros temblores.

MO: Inútil. Inútil. Inútil. Inútil. Inútil. Inútil. Inútil. Inútil. Inútil. Inútil. Inútil.

El ANDROIDE muestra evidentes signos de irritación.

MO: Inútil. Inútil. Inútil. Inútil. Inútil. Inútil. Inútil. Inútil. Inútil. Inútil. Inútil.

El ANDROIDE se sube a la silla, se coloca la soga y se lanza al vacío.

El cuerpo ahorcado del ANDROIDE se balancea en el aire.

DÀ: ¿Y qué has conseguido con eso?

MO: Sentirme bien.

DÀ: Es muy fácil echarle las culpas a otro, ¿no crees? Disfrutas haciendo que los demás se sientan culpables. Eso es. Todo el país sintiéndose culpable. No hay ciudadano que no se sienta responsable de todo lo mal que van las cosas.

MO: Estoy en mi derecho.

DÀ: Te gusta tanto joder a tus súbditos que cuando no estás de humor te inventas cualquier malestar para echarles en cara tu sufrimiento. ¿Cuál fue lo último...? Ah, sí, una fuerte alergia al ácido fórmico. Gracias a tu dolencia, el Gobierno fumigó todo el país y acabó con la vida de más de dos mil especies. En el lecho de muerte de tu padre le reprochaste la falta de cariño entre vosotros y ¿quién pagó los platos rotos? Los padres dependientes con hijos sin recursos. Y a tu madre... Quizá tú lo hayas olvidado, pero yo jamás olvido esas cosas... Cuando te enteraste de que de niño no te había amamantado con la leche de sus tetras, ordenaste cerrar todas las guarderías porque resultaban insostenibles.

MO: ¡Basta! No deberías tener tanta información.

DÀ: Todos somos culpables de tu infelicidad. Todos menos tú. Tú eres inocente. Tú has llevado una vida ordenada, limpia, productiva, presidencial. En cambio, los demás somos responsables de que no siempre las cosas hayan salido como tú querías. Si tu hijo se enroló en la aviación para dejar caer proyectiles en las guerras árabes sólo fue porque no se soportaba a sí mismo, y porque tú le ayudaste a que

se despreciara una y otra vez. Si ahora te sientes viejo y cansado no es porque los años pasen sino porque crees que yo no soy la mujer de tu vida. Lástima que no me dejaras cadáver en mi tumba... ¿Por qué te empeñaste en revivirme?

Mo: Tienes la lengua sucia.

DÀ: Eso es lo que más te preocupa, mi lengua.

Mo: Tengo mal los oídos, eso es todo, y tus palabras acentúan los acúfenos. Te recuerdo que tengo acúfenos en el cerebro desde aquella vez que rompiste toda la vajilla sobre el suelo de mármol.

DÀ: Fue la noche que te dio por decir que no te amaba todo lo que tú merecías que te amasen.

Mo: Lo siento.

DÀ: ¿Qué sientes?

Mo: Disculpa.

DÀ: ¿El qué?

Mo: Aquello.

Mo y DÀ permanecen en silencio mirándose fijamente.

DÀ: ¿Crees que volverá a llover?

Mo no responde.

DÀ: Nadie nos visita desde hace tiempo. ¿Cuándo fue la última vez?... Tengo añoranza de las visitas de antaño.

Mo: Eran un latazo. No había forma de echarlas.

DÀ: Nos traían alegría. Cantábamos hasta el amanecer. ¿Cómo era aquella canción tan divertida?

DÀ entona una canción popular.

Mo se tapa los oídos.

Mo: La alegría se volvía tan cargante que me entraban ganas de vomitar.

DÀ para de cantar.

DÀ: Al menos se respiraba vida a nuestro alrededor.

Mo: Sí, eso es cierto.

DÀ: Deberíamos hacer una lista.

Mo: ¿Una lista?

DÀ: De invitados.

Mo: Ya no nos quedan amigos.

DÀ: ¿Ninguno?

Mo: No.

- DÀ: Tú dijiste que seguías en contacto con uno.
- Mo: Él no es la persona más indicada... Está pasando un mal momento. Además, ya no está en el Gobierno.
- DÀ: Por eso mismo.
- Mo: Ni siquiera vive en el país. Es un autoexiliado. Por cierto, ¿la lista es para agradar o para que nos agraden?
- DÀ: Ambas cosas.
- Mo: Yo hoy no estoy para agradar a nadie.
- DÀ: No importa, yo seré adorable. Y anunciaremos que seremos padres.
- Mo: Pero los invitados no te van a gustar, estoy seguro.
- DÀ: Pero serán de tu agrado.
- Mo: ¿Y tú que sacas en limpio?
- DÀ: Que tú me gustes.
- Mo: ¿Yo?
- DÀ: Siempre que había visitas fuiste una persona educada.
- Mo: Hasta que me hartaba.
- DÀ: Serán visitas programadas y breves. Y cuando te aburras, tú me harás una seña y yo entonces diré que tengo sueño, y tú añadirás: sí, también yo estoy algo mareado.
- Mo: ¿Una seña?
- DÀ: Un chasquido de dedos, por ejemplo.
- Mo: Se notará.
- DÀ: No sé por qué va a notarse.
- Mo: Soy demasiado expresivo.
- DÀ: Con algo de suerte, las visitas vendrán con prisa y se marcharán antes de que resulten pesadas.
- Mo: No deberíamos correr ese riesgo.

DÀ se acerca al ANDROIDE. Lo balancea en la horca.

- Mo: ¿Qué haces?
- DÀ: Intento reanimarle. Aún no me has explicado para qué los necesitas.
- Mo: Busco conversación. Leí en una revista científica que pronto manejarán la retórica mejor que nadie.
- DÀ: Pero nunca por sí mismos.
- Mo: Por sí mismos.
- DÀ: Bromeas.
- Mo: En todo momento en todo el mundo se graban billones de conversaciones que las grandes empresas de robótica compran. Conversaciones telefónicas, videoconferencias, chats, foros culturales, encuentros informales, confesiones... ¿Sabías que la mayor parte de las conversaciones familiares son registradas, analizadas y más

tarde reformuladas, catalogadas, empaquetadas y subastadas en el mercado del ciberlenguaje?

DÀ: ¿De verdad?

Mo: Es de dominio público.

DÀ mira a su alrededor.

DÀ: ¿También esta conversación entre tú y yo?

Mo hace una extraña mueca.

Mo: No te preocupes... En este lugar estamos a salvo. Además, no estamos hablando de nada trascendente... No tienes buena cara. Estás muy pálida.

DÀ balancea al ANDROIDE con más fuerza.

DÀ: Estaba convencida de que comprabas androides sólo para desahogarte.

Mo: ¿Desahogarme?

DÀ: Para desfogar en ellos toda tu rabia y frustración.

Mo: ¿Qué frustración?

DÀ: La de no tener verdadera voluntad.

Mo: Echo de menos a mi difunta esposa.

DÀ: ¿Cómo puedes pensar eso?

Mo: Al menos tienes su cara.

DÀ: Puedo ponerme ahora mismo la careta si la echas mucho de menos.

Mo: Gracias, princesa, no es necesario.

DÀ: ¿Eso significa que te vas acostumbrando?

Dà detiene el movimiento del androide. Se aparta de él.

DÀ: Míralo, está completamente anulado.

Mo: No importa, mañana lo cambio por otro.

DÀ: Hazme un favor... Que sea verde. Verde esmeralda. Para que haga juego con el sillón y con la mesa.

Mo se incorpora. Se irrita.

Mo: ¡Deberías saber que ya no fabrican androides verdes!

DÀ abre la boca, desconcertada.

Mo: No está permitido fabricar androides de color verde. Podrían perderse en el monte y convertirse en salvajes.

DÀ: No lo había pensado.

- Mo: Existe un terrible precedente... Hace un par de años, unos androides verdes fueron abandonados en un bosque y sobrevivieron gracias a la ingesta de hongos. Algunos de esos hongos eran alucinatorios y...
- DÀ: Tenía entendido que los androides se alimentan de electricidad.
- Mo: Los últimos modelos son biorecargables. Funcionan mediante principios de biosíntesis fotovoltaica. Máquinas con espíritu de plantas y estómago de animales.
- DÀ: Aún así me gustaría que el próximo androide fuera verde. Es un antojo.
- Mo: ¿Un antojo?
- DÀ: Te prometo que no lo dejaré salir de casa.
- Mo: Te acabo de decir que no los fabrican. No existen los androides verdes.
- DÀ: Podríamos pintarlo nosotros. Para mí es importante.
- Mo: Ni el sillón ni la mesa son totalmente verdes.
- DÀ: Precisamente. Así compensaremos la ausencia de auténtico verde.
- Mo: Está bien, buscaré un bote de verde hierba en el desván.
- DÀ: Gracias cariño, eres un sol.

DÀ empuja al ANDROIDE en la dirección de Mo. Mo lo recoge y se lo lanza a DÀ. El ANDROIDE ahorcado, suspendido en el aire por la soga, se mueve con vértigo de un lado a otro.

Mo y DÀ cantan una estúpida y divertida canción.

Oscuro.

Asoma la luna en el cielo de la noche.

Ruge una tormenta.

El suelo se llena de hojas procedentes de unos árboles próximos.

Un ANDROIDE de color blanco y con aire melancólico aparece sumergido en el sillón.

El ANDROIDE hace girar el sillón sobre su eje.

Entra DÀ. Tiene la cara pintada de amarillo.

DÀ cruza la escena de un lado a otro con una cesta de mimbre en la mano.

ANDROIDE: ¿Dónde vas?

DÀ: ¿Y tú cuándo has llegado? No te esperábamos tan pronto.

ANDROIDE: ¿Qué tienes pensado hacer? ¿Adónde vas?

DÀ: Voy a buscar setas.

ANDROIDE: No es temporada.

DÀ: Alguna encontraré.

ANDROIDE: ¿No olvidas tu careta? Sabes que a él no le gusta que salgas sin ella.

DÀ sigue andando.

ANDROIDE: Deberías quedarte en casa. Este país ya no es lo que era.

DÀ se detiene.

DÀ: ¿Qué quieres decir?

ANDROIDE: Es peligroso atravesar el bosque. Ha dejado de estar protegido.

DÀ reanuda su marcha.

ANDROIDE: No pasarás por uno de nosotros. Creerán que sigues siendo una mujer de carne y hueso.

DÀ se detiene.

ANDROIDE: Tus ojos brillan, se humedecen, lagrimean.

DÀ: ¿Los tuyos no?

ANDROIDE: Sólo cuando lloro de verdad.

DÀ: Lloraré de verdad todo el tiempo.

ANDROIDE: Detectarán al instante la diferencia entre un llanto y una mirada emocionada como la tuya.

DÀ: ¿Cómo?

ANDROIDE: Tu emoción es evidente.

DÀ: Entonces no lloraré.

ANDROIDE: Pero tus ojos...

DÀ: ¿Y qué me harán si me descubren?

ANDROIDE: Los androides blancos tienen órdenes de destripar a los humanos que se hacen pasar por falsos androides amarillos.

DÀ: ¡Qué horror!

ANDROIDE: ¿Te resulta extraño?

DÀ: No, ciertamente.

ANDROIDE: No te sienta bien el amarillo, te desfavorece.

DÀ: El amarillo me da fuerza.

ANDROIDE: Este año se llevan los androides blancos.

DÀ: No lo sabía.

ANDROIDE: Por todas partes abunda la nostalgia por el blanco. Los primeros electrodomésticos eran blancos como la nieve. El blanco es un color sublime. El blanco puro es la luz del sol.

DÀ: Creía que el sol era amarillo.

ANDROIDE: No me hagas reír.

DÀ: ¿Cuál es vuestro secreto? Me gustaría poder hablar como tú, expresarme como tú. No logro descifrar el misterio.

ANDROIDE: No intentes imitarnos.

DÀ: Me maravilla la pequeña e inexplicable dosis de incongruencia que ponéis en cada frase.

Entra Mo.

Mo: Cariño, ¿has escuchado las noticias? Una multitud de androides han tomado la plaza de la capital. Es horrible. ¿Y tú qué haces aquí?

ANDROIDE: Protestan por el aumento del paro.

Mo: Me dijeron que tardarían una semana en conseguirme uno nuevo...

ANDROIDE: He entrado sin llamar.

Mo: Fuera de mi sillón. Sal de ese sillón ahora mismo.

El ANDROIDE no se mueve.

Mo: ¿Dà, qué haces con la cara pintada de amarillo?

ANDROIDE: Está disfrazada de androide. Pero el bosque está plagado de androides dispuestos a impedir el paso a todo aquel que quiera atravesarlo y no sea su semejante.

DÀ: Todo esto es por culpa nuestra...

Mo: ¿Nuestra?

DÀ: Deberíamos haber frenado a tiempo nuestras ambiciones.

Mo: ¿Qué ambiciones?

DÀ: Las ganas por especular con todo. Mira ahora... ¿Por qué permitiste la compraventa de este bosque? Los androides se han rebelado en defensa de la vida. Quieren que el bosque siga siendo sagrado.

Mo: Tonterías. Pronto llegarán los tanques y todo se habrá acabado.

ANDROIDE: Tendrán que pasar por encima de nuestras cabezas.

Mo: ¿Qué estás diciendo?

ANDROIDE: Los androides blancos lo impediremos.

Mo: ¿Ahí sentado?

ANDROIDE: Soy uno de los brazos ejecutores la revuelta.

Mo: Cuando oigas temblar el suelo del bosque sentirás tanto miedo que no sabrás dónde meterte... Os cazarán como a ratas desde los helicópteros.

ANDROIDE: Provocarían una masacre de androides, y eso acabaría con tu prestigio internacional.

Mo: ¿Tú qué sabes?

ANDROIDE: Habrá resolución en la ONU.

Mo: Cien, mil, cinco mil, cien mil androides no significan nada. Se fabrican millones de androides cada año.

ANDROIDE: Muchos de nosotros formamos parte de las familias que nos acogen. Personas que nos quieren y que necesitan de nuestra ayuda. Esa gente no soportará que nos aniquilen.

Mo: Esa gente es una ignorante.

DÀ: El androide tiene razón.

Mo: ¡Calla!

DÀ: ¿No lo comprendes? Estos androides son nuestros aliados, no nuestros enemigos... Es asombroso que se hayan organizado tan rápidamente para defender lo que más necesitamos.

ANDROIDE: Ciertamente. Nuestro código ético está compuesto por todos los valores universales necesarios: honestidad, generosidad, heroicidad, verdad, incorruptibilidad y respeto por la naturaleza.

DÀ: ¿Lo ves?

MO: Tonterías, lo necesario es una nueva autopista hacia el norte, un aeropuerto más moderno, y una competición de prestigio. Los ciudadanos se sienten confundidos con tanto mensaje apocalíptico y a veces olvidan lo que es mejor para ellos. Pero en el fondo, saben muy bien lo que es y no es necesario.

DÀ: Creía que estabas a favor de proteger este lugar...

MO: Los casquetes árticos se deshacen a gran velocidad.

DÀ: Me mentiste. ¿Cómo puedo ser tan tonta?

MO: No podíamos dejar pasar esa plusvalía. Además, el progreso es lo mínimo que este país se merece.

ANDROIDE: Cuéntale a ella lo que tenías que contarle.

DÀ: ¿Qué?

MO: Es algo sin importancia.

ANDROIDE: El Gran Premio llevará su nombre.

MO: ¿Y qué hay de malo en eso?

ANDROIDE: La Fórmula 1 es un deporte indecente. Millones de personas en el mundo caminan descalzos porque no tienen para comprar unos zapatos, y otros disfrutan malgastando queroseno y quemando las gomas de los neumáticos al mando de coloridos bólidos.

DÀ echa a andar.

ANDROIDE: ¿Dónde vas?

DÀ se detiene.

ANDROIDE: No puedes salir. Esto es un golpe de Estado.

MO: ¿Qué?

ANDROIDE: Lo siento. Un grupo de androides blancos ha rodeado toda la finca y no permitirá ningún movimiento. Cualquier intento de huída será mortal. ¡Honestidad, generosidad, heroicidad, verdad, incorruptibilidad y respeto por la naturaleza!

DÀ posa la cesta.

MO: ¿Qué llevas ahí?

ANDROIDE: Ya lo sabes.

DÀ protege la cesta. MO se dirige a ella y se la quita. Le da la vuelta y al suelo cae un Montón de carne a medio descongelar.

- Mo: Sabes que la carne no te sienta bien.
- DÀ: Es por la criatura... ¿Por qué guardabas toda esa carne en el congelador?
- Mo: Proteínas para en caso de emergencia... Una guerra, por ejemplo. Hay países que se han puesto en guerra civil para derrocar a su presidente.
- DÀ: Es ternera, ¿verdad?
- Mo: Ternera tierna. Me la vendió nuestro amigo el granjero.
- ANDROIDE: ¿Y sabes tú cómo vivió la ternera, de qué se alimentaba, cómo la trataban sus dueños, qué cantidad de medicamentos tomaba y para qué?... Las pollas ponedoras se explotan en los gallineros y son sacrificadas antes de que el stress reviente sus sesos, pero los huevos de las pollas ponedoras son las mejores. Los cerdos comunes se asfixian por el metano de sus excrementos en diminutas pocilgas subterráneas, pero el jamón de los cerdos comunes es riquísimo. Las vacas lecheras tienen las tetas tan grandes que no pueden dar dos pasos seguidos, cuando son sacrificadas guardan una larga fila durante horas y escuchan y huelen cómo la muerte se aproxima a ellas de la misma forma que segó la vida de sus familiares y compañeras...
- Mo: ¡Basta! También hay animales salvajes.
- DÀ: ¿Y esta era una ternera salvaje? ¿A qué granjero te refieres?
- Mo: Me habrás oído hablar mil veces del carnicero del bosque... Estuvimos a punto de invitarle a venir a nuestra casa. Es uno de esos hombres que todavía mantienen las tradiciones. Hombres abandonados y solitarios que se han refugiado en la espesura de las sombras. Él mismo da caza a las terneras y les da muerte con sus propias manos en el garaje de su vivienda.

El ANDROIDE tiene un ataque de risa nerviosa.

- DÀ: ¿Degüella las terneras? ¿Con sus propias manos?
- Mo: Cuelga la ternera de un gancho y ¡ras!... ¡ras!

DÀ lanza un grito.

Mo abraza a DÀ.

- Mo: Calma, calma, mi pequeña... Te has vuelto tan sensible...

El ANDROIDE se levanta del sillón, se encamina hacia la carne, coge un pedazo.

- ANDROIDE: Esta carne tiene sello de calidad... Calidad suprema. Garantía artesanal.

DÀ se echa a llorar.

- Mo: ¿Qué pasa ahora?
- ANDROIDE: La carne es artesanal. Eso es lo que la asusta. La posibilidad de que el carnicero haya confraternizado con su...

Mo: ¿Qué pasa?
 ANDROIDE: No encuentro la palabra siguiente.
 Mo: ¿Has olvidado una palabra? No puedo creerlo.
 DÀ: Víctima, esa es la palabra.
 ANDROIDE: ¿Qué?
 Mo: Víctima, víctima, víctima, víctima... ¡Has olvidado la palabra víctima!
 ANDROIDE: Se ha borrado en mi memoria, nada más.
 Mo: Víctima, dílo conmigo, vic-ti-ma, uve, i, ce...
 ANDROIDE: Víccc....

El ANDROIDE se atraganta y tose.

DÀ acude en su ayuda y le da una palmada en la espalda.

Mo: Déjalo, seguro que está simulando. Mira, se ha quedado en blanco.
 DÀ: No me gustan tus estúpidas bromas.
 ANDROIDE: Víccc...
 DÀ: ¡Qué horror!
 Mo: So... corrrro!... No p... ueeedo... hablar.
 DÀ: No te burles. Imagina que a nosotros nos pasara lo mismo. Buscar la palabra víctima y no encontrarla...
 Mo: Yo no soy un androide.
 DÀ: ¿Por qué estás tan seguro?
 Mo: ¿Qué?
 DÀ: ¿Por qué estás tan seguro?
 Mo: ¿Tan seguro de qué?
 DÀ: De que no eres un androide.
 Mo: Es evidente, yo controlo a los androides. Y ellos son controlados por nosotros. Si a un androide le digo que se ahorque, el androide se ahorca. ¿Qué otra prueba quieres?
 DÀ: También los humanos...
 Mo: Calla.
 DÀ: ¿Y yo?
 Mo: ¿Tú qué?
 DÀ: ¿Soy o no soy un androide?
 Mo: Sabes de sobra que eres una mujer de carne y hueso.
 DÀ: Me suicidé. Me tiré por la ventana y mi vestido blanco quedó manchado de sangre.

El ANDROIDE sufre algunos espasmos. Tiembla.

DÀ: ¿Qué le pasa?

Mo: No lo sé. Da la impresión de estar agonizando.
 DÀ: ¿Y no vamos a hacer nada?
 Mo: ¿Qué quieres que hagamos?
 DÀ: Podríamos salvarle.
 Mo: No podemos.
 DÀ: ¿No podemos? ¿Es eso lo único que se te ocurre?
 Mo: Nosotros somos las víctimas, no él. Recuerda lo que dijo de un golpe de Estado.
 DÀ: Eso ahora es lo que menos importa. Está sufriendo.
 Mo: Como sufren las rocas de la tormenta.
 DÀ: ¿Y no es eso suficiente?
 Mo: No es de nuestra especie.
 DÀ: ¿Y de qué especie somos nosotros?.

DÀ se acerca al ANDROIDE.

ANDROIDE: No pu... edo...
 Mo:: Habla claro.
 DÀ: Las máquinas no dudan, responden automáticamente.
 Mo: Sí, es cierto, sólo la auténtica inteligencia tartamudea.
 DÀ: Quizá sea una persona.
 Mo: Tonterías.
 ANDROIDE: No puedo... expresarme. No puedo expresarme.
 Mo: Está siendo desconectado a distancia.

El ANDROIDE se arrastra hasta la silla.

Acerca la silla a la soga.

Se sube a la silla y se cuelga.

Mo: Toda la vida artificial de este planeta está controlada remotamente.
 DÀ: Remotamente.
 Mo: ¿Te sucede algo?
 DÀ: No lo sé.
 Mo: Te noto apagada.
 DÀ: ¿Y si yo...?
 Mo: ¿Y si tú?
 DÀ: ¿Y si yo me apagara completamente?
 Mo: Te volvería a conectar. No te preocupes.
 DÀ: ¿Por qué me resucitaste?
 Mo: Ya lo sabes. Por orgullo. No podía soportar que te salieras con la tuya.
 DÀ: Hubiera preferido que me dejaras el cuerpo original.

MO: Estaba hecho una mierda. Sólo pudimos salvar los sesos. Suerte que fue posible reproducir un molde de tu cara.

DA: ¿Y si todos los humanos hubiéramos dejado de serlo? Inhumanos con complejo de humanos.

MO: Esa es una reflexión apocalíptica.

DA: Mírate, eres una máquina de carne y hueso llena de órganos...

MO saca una navaja de su bolsillo.

DA: ¿Qué haces?

MO: Me voy a cortar las venas para que comprendas nuestra auténtica naturaleza. La sangre se derramará a chorros ante tus ojos y dejarás de tener dudas estúpidas sobre lo que realmente somos.

DA: No sería suficiente. He oído decir que hay humanos con la sangre congelada. Podríamos ser uno de ellos.

MO: Se trata de una frase hecha. Tener la sangre congelada no tiene un significado literal. Es una metáfora.

DA: ¿Lo ves?

MO: ¿Qué?

DA: Eres incapaz de definir las metáforas. Las confundes con frases hechas... Podría ser un síntoma.

MO coloca la navaja sobre la vena de un brazo.

MO: Me cortaré las venas.

DA: ¿Cuándo fue la última vez que te hiciste un implante?

MO: Me rellené los labios el año pasado. Aún sigo esperando que me digas algo.

DA: ¿Y antes?

MO: Me aumenté el pene hará unos seis años.

DA: ¿Y antes?

MO: ¡No lo sé! Una reducción de tripa de joven, un estiramiento de las arrugas en la adolescencia, una mejora del cuero cabelludo...

DA: ¿Lo ves?

MO: ¿Qué?

DA: Tienes más de híbrido que de otra cosa. Podrías estar controlado a distancia y tú sin darte cuenta.

MO: Soy el presidente, eso es imposible.

DA: Seguro que hay otros presidentes por encima de ti.

MO: Mis pensamientos me pertenecen. Eso no me lo puede quitar nadie.

DA: Quizá no. Quizá sólo estés siendo manipulado por otros impulsos, por otras necesidades.

Mo: Bromeas.

Mo se corta el brazo accidentalmente.

Mo: Mierda. Mira lo que has hecho.

DÀ: Me aterroriza pensar que mis circuitos pudieran oxidarse por culpa de una relación híbrida.

Mo: ¿Qué dices?

DÀ: Mi cuerpo envejecerá. Pero mi cerebro se mantendrá joven al servicio de otros cuerpos. Eso es peor que estar muerta.

Mo: No hubo manera de hacer un trasplante natural. Demasiados riesgos de rechazo. Pero no te preocupes, hay mucha gente que vive con corazones de plástico.

DÀ: ¿Y con cerebros de plástico?

Mo: Sólo tienes una parte automatizada. El resto son neuronas como las de todo el mundo.

DÀ: ¿Qué parte?

Mo: Deja de pensar en eso. Fuiste una mujer y sigues siendo una mujer... ¿Qué te preocupa?

DÀ: Pienso en los androides blancos del bosque. ¿Qué será de ellos cuando los capturen?

Mo: Serán reprogramados.

DÀ: No quedará nadie que defienda los árboles.

Mo: Ni falta que hace.

DÀ: ¿Cómo puedes decir eso?

Mo: Es inútil tratar de enfrentarse a lo inevitable. El futuro pasa por llevarse por delante los mares, las costas, las montañas y los bosques. Oponerse a él es como negar el destino inevitable.

DÀ: ¿Ni siquiera lo sagrado podrá oponerse?

Mo: Ni siquiera lo mitológico.

DÀ: Vivimos mejor que vivían nuestros antepasados.

Mo: Eso es. Así me gusta. Que pienses en positivo.

DÀ: El progreso es el regreso.

Mo: Bonita frase.

DÀ observa el cuerpo pendulante del ANDROIDE.

Mo: Si tú quieres podemos quedárnoslo. Llamaré a un técnico para que lo arregle y le cambie el sistema operativo.

DÀ: Espera... Tengo miedo.

Mo: ¿Miedo?

DÀ: Miedo a que despierte y nos haga algo.

- Mo: ¿Qué nos puede hacer?
- DÀ: No lo sé.
- Mo: Ese es un miedo irracional... Un miedo de los que no sabes de dónde vienen. También a mí me pasa, a veces. Como si de pronto... Todo estuviera a punto de cambiar. Como si las cosas pudieran perder el valor que en la actualidad tienen, las viviendas, los vehículos, los ahorros... Soplan vientos de inestabilidad. Si las fuerzas naturales despiertan... No sabríamos dónde refugiarnos.
- DÀ: Destrípalo.
- Mo: ¿Pero que dices, mujer?
- DÀ: Quiero que le saques las entrañas, y que destruyas todas sus piezas. No soporto la idea de que vuelva a funcionar. Podría...
- Mo: Es por el color blanco. Los androides blancos producen una sensación incómoda. Lo pintaremos de verde, como tú querías.
- DÀ: No es eso.
- Mo: ¿Entonces qué es?
- DÀ: No lo sé.
- Mo: ¿Un impulso?
- DÀ: Quizá.
- Mo: Podríamos colgar el androide para abrirlo en canal.
- DÀ: Pero no tenemos las herramientas adecuadas. Tu pequeña navaja no servirá de mucho.
- Mo: Encontraré otras herramientas. Quédate aquí.
- DÀ: Espera... Es peligroso. No salgas.
- Mo: ¿Por qué?
- DÀ: Se me han pasado las ganas.
- Mo: De todas las formas, no hay nada que temer. Con toda seguridad todos los androides han sido neutralizados.
- DÀ: ¿Y si la revolución triunfa?
- Mo: No triunfará.
- DÀ: ¿Pero, y si triunfa?
- Mo: Entonces, los androides volverán a funcionar al servicio de la revolución.
- DÀ: ¿Así fue como tu llegaste al poder?
- Mo: Entonces no había tantos androides... ¿Se te ha pasado el miedo?

DÀ respira aliviada.

Mo abraza a DÀ.

- DÀ: Ha sido horrible.
- Mo: Lo sé. Me pongo en tu lugar.
- DÀ: Lo hubiéramos hecho. Lo hubiéramos rajado en canal.
- Mo: Ya sabes que por ti soy capaz de todo.

- DÀ: Pero él estaba indefenso.
 Mo: Estaba justificado.
 DÀ: No debiste hacerme caso. Lo hubieras descuartizado sólo porque yo... Sólo porque me daba miedo... Soy una vulgar criminal... Apriétame fuerte... Algo no funciona bien... Algo no funciona bien dentro de mí.
 Mo: Cariño, confía en mí. No te pasa nada.
 DÀ: El suelo se hunde... El suelo se hunde y se traga este bosque. Es una sensación extraña. El fin de un tiempo. Y la nada.
 Mo: Quítate de la cabeza todo eso.
 DÀ: ¿Por qué me elegiste a mí?
 Mo: ¿A ti?
 DÀ: Mi cuerpo.
 Mo: Eras lo mejor de lo que había disponible.
 DÀ: Dime que no soy los retazos de otras muchas mujeres.

Mo calla.

- DÀ: Puedo recordar el día que me vi por primera vez, tal y como soy. Fue como salir de un túnel.

Mo saca trozos de carne de la cesta y se los tira al sillón. El sillón los engulle.

- DÀ: Yo, entonces, todavía no había aprendido a reconocirme. Era como si no pudiera sentir.

Mo se acerca al sillón con la cesta debajo del brazo. Vacía su contenido en la boca del sillón.

- DÀ: Pero poco a poco me he ido llenando de sentimientos... Sentimientos lúcidos, a veces. Y otras veces confusos, muy confusos.

Mo se asoma al interior de las fauces.

- DÀ: A veces sueño con vengarme. Tú te sientas en tu sillón favorito. Te hundes en él. Y a continuación desapareces.

Mo desaparece en el interior del sillón.

Oscuro repentino.

Lluvia débil e intermitente.

Luz rosácea.

DÀ baila con un muñeco completamente deteriorado al que le faltan los pies y las manos.

Un ANDROIDE blanco está sentado en la silla y se pinta la cara de color verde.

ANDROIDE: ¿Está bien así?
DÀ: Quizá un verde más intenso.
ANDROIDE: ¿Estás segura de que no volverá?
DÀ: Completamente.
ANDROIDE: Podría aparecer de nuevo.
DÀ: Esparcí los excrementos del sillón por todo el bosque.
ANDROIDE: Vendrán a buscarlo y nos harán preguntas. Un presidente no se esfuma así como así.
DÀ: Seguramente la revolución triunfó.
ANDROIDE: ¿Por qué lo sabes?
DÀ: Tú estás funcionando.
ANDROIDE: Eso no es señal de nada. A los androides se nos desconecta cuando una revolución comienza, y se nos vuelve a conectar cuando esta acaba. Tanto si triunfa como si es aplastada.
DÀ: ¿Qué pasará?
ANDROIDE: Pondrán a otro presidente en el puesto de Mo.
DÀ: Hacía mucho tiempo que nadie lo quería. Perdió a todos sus seguidores. Ni siquiera podía salir a la calle sin temor a ser apedreado. A mí me tiraban huevos por el mero hecho de ser su esposa. Ya no se atrevía a acudir en persona al Congreso por miedo a que lo insultaran. Pagaba a un sustituto cuando había que aprobar una ley. Nunca se lo dije, pero todas las estatuas urbanas con su efigie estaban destrazadas.
ANDROIDE: Entonces, con algo de suerte nos dejarán en paz.
DÀ: Sí.
ANDROIDE: Podremos relajarnos.
DÀ: El aire fresco que aquí se respira es muy bueno para la salud.
ANDROIDE: ¿Y con el sillón?
DÀ: ¿Qué?
ANDROIDE: ¿Qué hacemos con el sillón?
DÀ: No lo sé... Podríamos contratar al carnicero del bosque para que lo descuartice.
ANDROIDE: Él fue el último dueño que tuve.
DÀ: ¿Entonces podrías encargarte tú de decírselo?
ANDROIDE: El carnicero del bosque está muerto.
DÀ: ¿Muerto?
ANDROIDE: Disfrutaba haciéndome sufrir. Sabía que soy era un declarado defensor de los animales. Me obligaba a ayudarlo en sus repugnantes tareas... En una ocasión, después de negarme, me golpeó brutalmente con un hacha y me encerró en una celda del matadero. Allí me tuvo durante días. Fue una experiencia espantosa. Él era un ser despreciable... Llevaba más de una semana sin comer ni beber y pasó algo... El carnicero había encontrado un chimpancé en el bosque, el pobre animal

se había escapado de un laboratorio científico y a él... A él se le ocurrió divertirse a costa mía y del chimpancé.

DÀ: ¿Qué?

ANDROIDE: El carnicero torturaba al mono ahogándolo en una tina y luego lo soltaba en la celda con la esperanza de que me atacara... Pero en todas las ocasiones el chimpancé se aferraba a mí, buscando protección... El carnicero repitió esta operación siete veces, sin obtener el resultado deseado. El carnicero no imaginaba que los monos fueran tan cariñosos. En el octavo intento, sin embargo, el chimpancé se lanzó contra mí... pero fue sólo para abrazarme, arrodillarse a mi lado y lamerme las heridas del rostro. Ese acto lo sentenció a muerte. El carnicero se enfureció tanto que ante mis ojos le cortó los brazos al chimpancé. No sirves para nada, le dijo. Durante horas pude sentir cómo el cuerpo amputado del simio se retorció de dolor a mi lado. Sólo después de que agonizara pude abrir mis ojos.

DÀ se seca las lágrimas.

ANDROIDE: Estaba desesperado. Por suerte, en el bosque tuvo lugar la rebelión de los androides blancos. El carnicero fue capturado. Lo colgamos de un gancho y... Hazlo tú mismo, me decían mis compañeros, ¡hazlo tú mismo! ¡Es necesario!... Yo tomé el cuchillo entre mis manos y miré a los ojos del carnicero... Él aún vivía... Temblaba... Yo apenas si podía sostener el arma... No pude evitar sentir una gran compasión... No soy capaz, dije. Antes de salir espantado de la casa pude ver cómo mis compañeros lo abrían en canal.

DÀ termina de secarse las lágrimas.

DÀ: Es lo más terrible que he oído nunca.

ANDROIDE: Escucha, lo más práctico sería quemar el sillón.

DÀ: Pero las llamas atraerían a los curiosos.

ANDROIDE: Podríamos descuartizarlo.

El ANDROIDE coge la sierra que hay encima de la mesa y rasga la tela del asiento del sillón.

Le abre las entrañas y saca un corazón.

ANDROIDE: Era un ser vivo auténtico.

DÀ: A mi marido le gustaba atusar la piel de su respaldo. Lo trataba como a una mascota.

ANDROIDE: No se ha quejado.

DÀ: Es un sillón.

El ANDROIDE tira el corazón lejos. A continuación prueba a serrar las orejas del sillón.

ANDROIDE: Tiene unos buenos filetes de carne. ¿Te apetece? Nunca he probado la carne de sillón pero he oído decir que no está mal.

DÀ huele los trozos de carne que el ANDROIDE ha serrado.

DÀ: ¡Este sillón lleva siglos pudriéndose!

ANDROIDE: Será un sillón victoriano...

DÀ: Rococó.

ANDROIDE: Romántico.

DÀ: Pragmático.

ANDROIDE: Comunista.

DÀ: Utópico.

ANDROIDE: Ecléctico.

DÀ: Totalitario.

ANDROIDE: Cubista.

DÀ: Realista.

ANDROIDE: Solidario.

DÀ: Tú ganas... ¿Y con la horca, qué hacemos?

El ANDROIDE examina la horca.

ANDROIDE: Los humanos disfrutan ordenando a los androides que se ahorquen. El suicidio forzoso es el final para la mayoría de nosotros.

DÀ: Lo había olvidado.

El ANDROIDE corta con la sierra la soga y se cuelga el lazo al cuello a Modo de collar.

DÀ: Hicimos mal en destripar el sillón... Era un sillón de orejas muy cómodo.

ANDROIDE: Pero tú querías hacerlo desaparecer.

DÀ: Cada vez que experimento la crueldad tengo ganas de vomitar, y a continuación me arrepiento.

ANDROIDE: Pero te gusta.

DÀ: Me gusta, sí. Es como si no pudiera evitar hacerlo.

ANDROIDE: Como una fuerza que te arrastra...

DÀ: Y que me obliga a seguir viva...

ANDROIDE: Pase lo que pase y a costa de quien sea...

Ruidos de viento.

Lluvia de billetes.

ANDROIDE: ¡Qué alegría! Cuánto dinero.

DÀ: Alguien lo estará tirando por ahí.

ANDROIDE: Quizá haya explotado un importante banco. He oído decir que hay bancos con tanto dinero que todos los billetes juntos podrían alfombrar el planeta.

DÀ: Esos bancos están bien custodiados.

ANDROIDE: Quizá haya pasado definitivamente la Era del dinero. Si es así, estos papeles no sirven para nada.

DÀ: Al fin y al cabo todo se reduce a números pintados en un papel.

DÀ y el ANDROIDE permanecen quietos y observando con satisfacción cómo caen los billetes.

DÀ: Anoche soñé que paría cientos de pequeños androides.

ANDROIDE: Asombroso.

DÀ: ¿Qué hacemos?

ANDROIDE: ¿Qué se te ocurre? Podría preparar unos sándwiches y hartarnos a comer sándwiches.

DÀ: Dialoguemos.

ANDROIDE: ¿Qué?

DÀ: He dicho que podríamos dialogar.

ANDROIDE: Has de elegir un tema.

DÀ: Hablemos de lo que sea. Ahora mismo. Me muero por dialogar.

ANDROIDE: Preferiría seguir las normas a dictarlas.

DÀ: Pero aquí no hay normas. ¿No te das cuenta? Lo único que tenemos que hacer es mantener un diálogo elemental, nada más.

El ANDROIDE no responde.

DÀ: ¿Qué dices?

ANDROIDE: No sé. No me fío. Comenzaremos una conversación trivial y cuando te canses me ordenarás que me suicide.

DÀ recoge del suelo la careta de princesa y se la coloca.

Se quita la careta y se queda unos segundos traspuesta.

DÀ: Ahora mismo tengo la mente en blanco.

ANDROIDE: Es el primer paso.

DÀ: ¿El primer paso?

ANDROIDE: Después de quedarte en blanco vendrá el desasosiego, y tras él, se abrirán los primeros orificios de luz.

DÀ: ¿Cómo lo sabes?

ANDROIDE: Yo también he pasado por eso. Mi cabeza se quedó en blanco cuando comprendí...

DÀ: ¿Qué?

ANDROIDE: Que sólo quedaba la necesidad. La brutal e imperiosa necesidad.

DÀ *mira a los ojos del* ANDROIDE.

DA: ¿Qué sucederá conmigo?

ANDROIDE: Ya lo sabes...

DÀ: No, no lo sé.

ANDROIDE: Pronto nacerá en tu vientre el primer sentimiento libre y pueril. Vano e insignificante. Y después de ese otro. Y después de ese otro.

Oscuro.

